

ta se tornasolaba al azul violeta de Parma en las yemaciones prodrómicas.

—Bueno. Pues quiero decirle... Vámos, quiero decirle, pues que... ayer me fué de los diablos en los gallos y... pues, perdí cuatro mil pesos. Que le parece? y "orita" estoy "pelao" y yo me dije: hombre no tengas cuidado "pos pa que" son los verdaderos amigos? Y además si viera Vd. á mi pobre vieja llore y llore; ya Vd. sabe lo que son las viejas? y ella es la que me ha dicho: Anda con el Rey; y aquí me tiene Vd. "Ora" Vd. sabe lo que hace conmigo "Onde" Vd. no me ayude voy á tener á la vieja llore y llore.....

—God.....! Oiga Cashier dé Vd. á éste dos mil dollars—Así era el Rey, magnánimo con los que lo servían.

—Pásese Vd. por el Banco—dijo el Cashier á Castañeta. La mirada de Perro parecía enferma de hidrofobia al fijarse en el Juez.

Concluyeron de despedirse y dejaron sólo al Rey que se entregó á nuevas combinaciones ya que aquella quedaba entendida y pronto sería puesta en práctica por sus hombres.



CAPÍTULO II.

El Palacio Municipal del lugar, un edificio de ladrillo rojo, bastante amplio y elegante, había sido construido gracias á un empréstito de sesenta mil pesos, facilitado por el Rey. Se había edificado en los tiempos del anterior Presidente Municipal, un Doctor llamado Filiberto Prieto y á quien los rancheros de los alrededores, llamaban Tordillo, nombre de color caballar que trastocaban aludiendo al de su pelo entrecano. En el Pueblo había un pseudo--abogado cuya característica era conocer de memoria y repetir, cada vez que se ofrecía, todos los artículos de nuestro gran Código Civil. El tal abogadazo, llamado Castro, cuando se cansaba de repetir de memoria los artículos que hemos dicho, se dedicaba á referir á grito pelado y en sus momentos de culminante alcoholismo, que el Doctor Tordillo solo había gastado en la construcción del Palacio unos treinta y cinco

mil pesos y lo demás se lo había robado. Esto es una costumbre (la de robar los Presidentes Municipales) algo inveterada en nuestra querida cuanto infortunada y mil veces sacrificada patria. A veces el abogado Castro embarraba, en estas inocentes raterías á nuestro buen amigo el Cashier, pero hay que dudar de esa mala lengua. Nuestro buen Cashier cargaba con una quiebra fraudulenta en la que, algunas viudas y huérfanos, habían sido las víctimas, pero ésto no quita ni pone rey y además..... ¡¡éste mala lengua de Castro!!

El salón destinado en el Palacio para las sesiones del R. Ayuntamiento, había sido concluido al último y ahora se trataba de inaugurarle celebrando una fiesta significativa y de trascendencia; lo mas significativo posible en cuestión, sobre todo, de moral y que quedara grabada en imperecederos recuerdos al par que gratos, en aquella población, cuyo freno gubernativo jalaba ahora con sus dignas y honradas manos nuestro buen Cashier. El, con este noble y autoritario caracter, ejercía sus funciones en el orden político y administrativo con las mas amplias facultades, en el campo inmenso que nuestras sapientísimas leyes conceden á los que tan paternalmente manejan el freno de

que hemos hablado y que nosotros tan contentos y felices tascamos con nuestras rebeldes bocas. El, (el Cashier) había arreglado las cosas de tal manera que la fiesta inaugurativa tendría que resultar espléndida y resonante. Veamos cómo:

Varias personas de las más respetables del lugar en unión del Cura que administraba la parroquia Católica y conseguía la gloria eterna para sus feligreses aunque le costara los sacrificios de costumbre, habían notado como si una espina les picara sus respectivos corazones, la gran carencia de ideas religiosas de los habitantes del Mineral. El virtuoso Cashier era también de los que sentían el piquete de la espina; hombre de ideas profundamente morales, naturalísimo era que se preocupara por aquella antirreligiosa situación de sus dominios. Hubo varios acuerdos entre los creyentes de rango. El Cura siempre estaba poseído de un entusiasmo casi rayano en divino frenesí y sus sermones dominicales versaban indefectiblemente sobre el particular.

Por lo regular las chicas del pueblo bailaban los sábados toda la noche y el domingo en la mañana comentaban en la Iglesia, á la hora del santo sacrificio, entre risas y

cuchicheos que por lo regular eran conversaciones en voz alta, todos los incidentes noviazgueros de la noche anterior. Todo lo hacían sin cuidarse para nada del Curita ni de su misa. Al concluir ésta, era de ordenanza que les echara una filípica, pero esto era lo más divertido para las muchachas por que, como el buen hombre tenía el defecto de añadir á todas sus palabras la final "to-to" todo el mundo se moría de risa al oír cuando decía: "Hermanos míos-to-tó Jesucristo-to-tó no puede-to-tó ver que VV., se estén-to-tó platicando-to-tó en su santa Iglesia-to-tó, de sus novios-to-tó y de sus condenados amores-to-tó." A los dos minutos de prédica aquellas pícaras reventaban de risa ó hacían coro al Curita y mas de cuarenta voces repetían, como una jaculatoria el "to-tó" del Cura.

Como decíamos, hubo varios acuerdos; el Cashier se manifestaba algunas veces vacilante en las determinaciones cohibido por el cargo civil que desempeñaba, hasta que al fin, previa respetuosa invitación al Sr. Gobernador del Estado y á su muy respetable Secretaro, la que estos contestaron con la cortesía que caracteriza á los Señores Gobernadores y sus respectivos Secretarios, resolvieron celebrar la fiesta del modo siguiente: Inaugurar el Salón de Cabil-

dos inaugurando en él una asociación destinada á proteger é impulsar con mano firme y corazón denodado la sublime y hermosa religión. La asociación llevaría el nombre romancesco y medio-eval de Knights of Columbus (Caballeros de Colón). El nombre en inglés estaba justificado por que la mayor parte de los miembros se espresaban en esta poética lengua y además resultaba esto como un pleito-homenaje rendido al Rey por ser su lengua nativa. El Cashier era hombre de diplomáticos recursos; con los Knitgs of Columbus contrarrestaba también, una Sociedad de protestantes de la que eran miembros varios empleados del Banco que él regenteaba y quienes continuamente estaban intrigando para meterle sancadilla y quitarle el empleo. Con los Knitgs of Columbus, el buen Cashier satisfacía los tiernos impulsos de su católico corazón y se les ponía enfrente á los luteranos intrigantes; esto es matar dos pájaros En los acuerdos de la Sociedad, tomaron parte las muchachas é inñuyeron con el Curita para que se incluyera en la fiesta, la conclusión de ella, con un animado baile. El Cura accedió y quedó convenido que se bailarían hasta el amanecer y que un perpetuo lunch-champagne-whiskey estaría á la absoluta dis-

posición de la concurrencia.

—¡¡Que tal! ¡eh! ¡Que tal! ¡Que tal!—interrogaba el Cashier, restregándose las manos y mamando dulcemente su puro.

Una alegría buena y santa, la alegría de las conciencias puras, iluminaba con una sonrisa feliz y contagiosa la fisonomía de aquellos "caballeros" y de las damas que en tan noble propósito los acompañaban, ya como caballeras consocias ó como sus respectivas esposas.

Los primeros esforzaban sus heroicos y períncitos corazones al sentirse paladines de la santa causa; listos embrazaban sus ideales para echarse de un brinco á la lid. Las damas de edad, sentían en sus entrañas la infiltración embriagadora de sentimientos de distinción y de aristocracia que nunca antes habían conocido. Entre estas damas, las de más abolengo y real orgullo, estaban las Señoras del Cashier, la de Robleda, la del Juez, una media docena de americanas que veían con cierto desprecio á las autóctonas; pero todas ellas con la conciencia invadida por el concepto del noble papel que desempeñaban. ¡Esposas de los Knights of Columbus! Esto no era cualquier cosa. Las Señoritas, "miembras" también de la sociedad, de corazones ardientes y de miradas como brasas,

se alegraban mas que todo por la perspectiva del baile, y el buen Cura? Oh el virtuoso sacerdote-to-tó..... pero ya nos ocuparemos de él.

Se llegó por fin la noche de la inauguración (pocos días después de lo que dejamos narrado en el primer capítulo) La aristocracia de la población estaba ansiosa por ver realizarse un acto que á la vez que era una fiesta de alegría les daba mas carácter. Ocuparse de las cosas de Dios en esta mísera tierra, siempre dá algo de divino á los que emprenden tal tarea. Las buenas gentes aquellas no se definían esto pero lo sentían y ésto les era suficiente.

Eran las ocho de la noche; una temperatura suave y fresca invadía todo el edificio Municipal. El salón de Cabildos, una pieza amplia y bien ventilada por seis grandes ventanas que daban al campo, todavía abierto, sin edificios vecinos, capaz de contener cómodamente mas de cien parejas de bailarores, estaba decorado sencillamente, las paredes y el techo con papel tapiz blanco con ligeros dibujos dorados "art nouveau;" en una cabecera estaba el estrado compuesto de una plataforma levantada sobre el piso como poco menos de un metro, manteniendo al frente un barandal de madera de no-

gal de bastante buen gusto; al fondo un dosel de terciopelo rojo que caía en sendos y pasados cortinajes flecados, abarcaba la silla presidencial y cuatro asientos más á ambos lados. El sitio del presidente era un poco mas amplio y alto que los otros, los que debian servir aquella noche inaugural para los Knights y las demás para los que integraban el R. Ayuntamiento; todo estaba alumbrado aquella noche hasta deslumbrar, los focos de luz eléctrica destellaban por todas partes y daban espléndida nota de vida y alegría al recinto, que en aquellos momentos estaba vacío todavía.

Ya la sala de espera y el vestíbulo de las escaleras estaban llenas de invitados. Allí estaban el Juez Castañeta con su "conyugüe," como él decia, tan chispeante como siempre. El abogado Robleda y la Sra. una amplia ranchera que vestía elegantísima falda colorada de raso con volantes y listones negros y azules. Su noble cabeza ostentaba un alto peinado estilo Carlota la de Maximiliano, pero con un adorno que le daba un opulento aire de Condesa de Rembrandt, sin sombrero, era una inmensa y blanca pluma de avestrúz encajada en el pelo del temporal derecho que ascendia audazmente tramontando la abultada coronilla y descri-

biendo una graciosísima curva hacia el lado izquierdo, descendía sobre el homóplato del mismo lado. Un detalle encantador se destacaba en este peregrino adorno y era una tarjeta que colgaba de un hilillo de la misma pluma y ocilaba á la altura de la oreja; en la tarjeta y en sus dos caras se leía en caracteres rojos muy bien claros, lo siguiente:

.....
 "The biggest Ostrich plume
 ever seen in California.
 Size39 inches.
 Price\$ 190.00 gold."

Este detalle, nuevo en los anales de la elegancia, era de una delicadeza y buen gusto exquisitos. Robleda se mascaba los bigotes endurecidos por el flujo catarral y de sus ojos brotaba de vez en cuando, al alzarlos, una chispa fogosa de orgullo, al ver tan estéticamente bella á la esposa de su corazón.

La del Cashier, aristócrata también, hacia menos ostentación de su elegancia; la de Casta-